

¿CONFLICTO O COHESIÓN SOCIAL?

APUNTES SOBRE HISTORIA Y MEMORIA DE LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES (1974-1975)

Raquel Varela

Un viejo chiste de la Unión Soviética decía, a propósito de la historiografía soviética de la era post-Stalin, a partir de la década de los años 30 del siglo XX, que «en la URSS el futuro era cierto, ¡pero el pasado imprevisible!». En la URSS había un férreo control económico e ideológico del Estado sobre la ciencia que se producía, felizmente distante de la situación actual en los países occidentales. Pero la ironía de esta frase nos alerta a todos, hombres y mujeres que escriben sobre el pasado en el presente, de lo importante que es nuestra labor para el equilibrio ideológico de los Estados, sea cual sea la naturaleza de los regímenes. Pensar en el revisionismo historiográfico, pensar la historiografía en su totalidad, es una labor permanente, un imperativo de los historiadores, particularmente hoy en día en que los Estados demuestran una incapacidad creciente para garantizar la armonía social. Como alertó George Orwell¹ en su relato magistral, el control del pasado es un arma política del presente.

El cambio de régimen que hubo en España en la segunda mitad de la década de los 70 del siglo XX ocurrió sin una crisis general de Estado como en Portugal (provocada por la derrota en la guerra colonial), pero bajo el impacto de un movimiento obrero generalizado y amplio, popular y estudiantil, que tuvo su estallido en la propia revolución portuguesa y en

una situación general de conflicto social iniciada en Europa con el Mayo del 68 de Francia y el Otoño Caliente del 69 en Italia.² Utilizando una fórmula conocida: en Portugal, «los de abajo ya no querían y los de arriba ya no podían», pero en España, «los de abajo ya no querían, pero los de arriba todavía podían».

La dictadura franquista nació de una de las más importantes derrotas históricas del movimiento obrero del siglo XX, y el cambio de régimen ocurrido entre 1975 y 1978, al no juzgar a los seguidores y ejecutores de los crímenes de Franco, abrió una herida permanente en España. En Portugal la situación fue y es distinta. Las polémicas más importantes se refieren a la revolución, y no al régimen de Salazar. La radicalización de la revolución tuvo un efecto anestesante en el sector social que podría haber buscado la rehabilitación del régimen de Salazar. Recordemos que, durante la revolución, todos los partidos, con excepción de un pequeño partido demócratacristiano, el CDS, decían defender el socialismo, de tal forma que todavía hoy está inscrito en el preámbulo de la Constitución Portuguesa «abrir camino para una sociedad socialista».³ También está incluida en el texto legal más importante del País la prohibición de las organizaciones fascistas.⁴ El Archivo Salazar está, como el archivo de la policía política PIDE-DGS, abierto al público. En España no se sabe nada

del archivo de la policía política y el archivo de Francisco Franco permanece 'protegido' por su familia. Cuando en Portugal se creó el *Movimento Cívico Não Apaguem a Memória*, influido en parte por el fenómeno idéntico en España (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica), se luchaba por la no transformación de la antigua sede de la policía política en residencias privadas de lujo. En España, todavía hoy, se exige encontrar los cuerpos de los resistentes fusilados por los franquistas.

Con la ascensión del neoconservadurismo norteamericano de la era George Bush, algunos intelectuales portugueses conservadores, como el historiador Rui Ramos, reunidos en torno a la revista *Atlântico* y la *Radio Europa-Lisboa*, intentaron de alguna forma rehabilitar a Oliveira Salazar, pero con escaso éxito. El punto culminante de esta fase fue el ampliamente difundido programa de televisión sobre los «Grandes Portugueses» ganado por Salazar,⁵ seguido de Álvaro Cunhal, líder del Partido Comunista. A pesar de la cobertura mediática del programa, su base real era escasa. En realidad, la mayoría de los investigadores sociales nacionales, de diversos sectores políticos, firmaron un manifiesto denunciando la manipulación del mismo.⁶ Fue, como se entendió rápidamente, un epifenómeno. El 25 de Abril es la fiesta nacional con mayor participación popular y continúa celebrándose oficialmente en todas las instituciones del Estado, que reflejan el sentimiento popular generalizado de defensa de la revolución y de sus conquistas democráticas y sociales: derechos democráticos, extensión del acceso a los cuidados de salud, educación, seguridad social, etc.

Todos los años, todavía hoy, desfilan en la Avenida de la Libertad, de Lisboa, entre 50 y 100.000 personas conmemorando la revolución y por todo el País hay celebraciones oficiales y sobre todo populares de la revolución. A la cabeza del desfile va una comitiva oficial, de la que forman parte los representantes del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), de los principales partidos políticos y sindicatos. Acompañados de un

chaimite (vehículo blindado ligero con tracción 4 x 4, desarrollado y fabricado en Portugal. *N. de la T.*), el símbolo blindado de la revolución, los dirigentes descienden desde Marquês de Pombal hacia la plaza del Rossio en donde algunas de estas personalidades pronuncian discursos. Es un día de fiesta.

Pero es un día que tiene una particularidad: una, en el mismo desfile, a hombres y mujeres que hicieron la revolución, iniciada el 25 de Abril de 1974, y a dirigentes que iniciaron la contra-revolución, encabezando el golpe de 25 de noviembre de 1975. Esta imagen, que se repite año tras año, es posible porque actualmente hay un amplio consenso en la sociedad portuguesa sobre las virtudes de una revolución que trajo las libertades democráticas y puso fin a la guerra colonial y a la dictadura del Estado Nuevo. Pero el desfile está marcado por la famosa consigna «¡25 de Abril siempre, fascismo nunca más!». En él se suceden pancartas exigiendo aumentos salariales, derechos laborales, fin de los contratos precarios de trabajo, rechazo a las privatizaciones de los sectores estratégicos del Estado, exigencia de escuelas y hospitales gratuitos de calidad. Esta aparente diversidad en la celebración del 25 de Abril encierra en sí una criba determinante de la sociedad portuguesa actual, y su correlato en las ciencias sociales es idéntico: régimen democrático y lucha por la igualdad social, la dicotomía que atravesó el bienio 1974-1975 en Portugal continúa afectando —objetivamente— a la sociedad de hoy, tanto como a la historiografía y la politología sobre la Revolución de los Claveles.

De los varios aspectos que nos gustaría enfocar en este análisis sobre la memoria y la historia de la revolución de Abril, nos centraremos en tres, que creemos que son esenciales para encuadrar teórica y metodológicamente la revolución desde el punto de vista de la investigación histórica: 1) el papel de las teorías de la ciencia política de la transitología en la historia de la revolución y del régimen democrático; 2) el papel de las revoluciones anticoloniales, y 3)

la importancia de la historia social.

¿Revolución o transición?

Con ocasión del bicentenario de la Revolución Francesa, una polémica marcó la historiografía mundial. En el debate se destacó François Furet que en la obra *Pensando a Revolução Francesa*,⁷ caracterizaba la revolución de 1789 como un «accidente histórico» e intentaba diferenciar el proceso iniciado en 1789 de las revoluciones posteriores, sobre todo de la rusa de 1917. En el otro extremo de la controversia, Eric Hobsbawm publicó una serie de ensayos, reunidos en la obra *Écos da Marselhesa*,⁸ donde defendía que la posición de François Furet y de otros historiadores con esta visión era el fruto de presiones ideológicas (en el sentido de falsa conciencia) revisionistas y no de una investigación renovada de la revolución francesa:

(...) El revisionismo en la historia de la Revolución Francesa es, simplemente, un aspecto parcial de un revisionismo más extenso sobre el proceso del desarrollo occidental —y más tarde global— en la era del capitalismo y en su interior.⁹

Una polémica semejante se dio en Portugal casi 15 años después, también a propósito de un aniversario, el trigésimo de la revolución portuguesa, en abril de 2004. Aunque ya existiese una discusión en torno a la caracterización del cambio de régimen —Medeiros Ferreira, por ejemplo, discute la cuestión en el texto «25 de Abril, uma revolução?»—,¹⁰ es a partir de 2004 cuando la cuestión cobra mayor importancia. Como consecuencia de la inscripción «Abril es Evolución», que el cartel oficial conmemorativo elegido para la celebración tenía, llegó a las páginas de los periódicos la polémica sobre lo que había sido la revolución portuguesa. El debate rápidamente se centró en la cuestión de qué debería ser destacado en Portugal después del fin de la dictadura: la revolución o la evolución del país en el periodo post-revolucionario.

António Costa Pinto, comisario entonces

para las conmemoraciones de los 30 años del 25 de Abril, escribió en el calor de la polémica que: «En el panorama habitualmente encendido de las conmemoraciones de fechas históricas, algunas dimensiones de las celebraciones de los 30 años del 25 de Abril al menos provocaron un esbozo de debate. El trogloditismo nostálgico, con excepción de los escasos defensores de una historia al servicio de la «revolución hoy y siempre», tuvo escasa visibilidad. (...) Conmemorar los 30 años de evolución para la democracia y el desarrollo que siguió a la Revolución de 1974 no agradó a una parte de la izquierda, lo que es natural. Ver al centro-derecha conmemorando con claveles el 25 de Abril fue desagradable».¹¹ El historiador Fernando Rosas criticó la participación de António Costa Pinto en aquello que consideró ser un «pseudocientificismo»: «Abril no fue evolución porque las derechas portuguesas fueron históricamente incapaces de realizar un proceso de transición, esto es, de llevar a cabo, a partir del propio régimen, un proceso endógeno y sostenible de reformas».¹² Otros investigadores sociales, como António Borges Coelho, Manuel Villaverde Cabral y Luís Salgado de Matos, participaron en el debate.¹³

Sin embargo, la polémica no saltó de las páginas de los periódicos a los espacios de reflexión académicos. Hoy, el término revolución convive, en la academia, para designar exactamente el mismo periodo, con términos como «transición», «proceso de democratización» o incluso «normalización democrática», sin que se haya hecho una profundización teórica del debate iniciado en 2004. Más recientemente, la ciencia política ha adoptado el término «transición por ruptura» en oposición a «transición pactada» en España.

Investigadores sociales e historiadores de inspiración marxista, como Loren Goldner, Valério Arcary o John Hammond, no cuestionan el término revolución y contrarrevolución, aunque discuten si se trató de una situación revolucionaria o pre-revolucionaria y cuál fue el grado de radicalización de la misma.¹⁴ Pero incluso fuera

del campo del marxismo muchas obras mantuvieron el uso del concepto de revolución y contrarrevolución, como es el caso de los estudios de Boaventura Sousa Santos y Medeiros Ferreira.¹⁵ Otros autores distinguieron claramente el periodo de la revolución (1974-75) del periodo de transición hacia la democracia, que se inicia en 1976, como en las obras de João Medina y Fernando Rosas.¹⁶ Hay, sin embargo, historiadores que usan indiferentemente los dos conceptos. Josep Sánchez Cervelló en *O Processo democrático português 1974-75*,¹⁷ Maria Inácia Rezola en *Os Militares na Revolução de Abril. O Conselho da Revolução e a Transição para a Democracia em Portugal (1974-76)*¹⁸ y Tiago Moreira de Sá en *Carlucci vs. Kissinger*¹⁹ usan indistintamente, para hablar del mismo periodo, el término revolución y transición. Del área de la ciencia política se destacan los trabajos que tienden a usar exclusivamente el concepto de «transición» para el cambio de régimen que tuvo lugar en Portugal, teniendo como influencias determinantes las obras de Philippe Schmitter²⁰ y António Costa Pinto.²¹

En realidad, difícilmente se puede afirmar que en todos los casos los términos son usados basándose en una discusión teórica previa y una opción científica teórico-metodológica, sobre todo porque el debate teórico entre la historiografía portuguesa es a menudo menospreciado. Pero la falta de definición terminológica tiene consecuencias epistemológicas. La polémica es ineludible, porque revela, más que un concepto, una visión histórica sobre lo que es una revolución, sus objetivos, sus consecuencias, sus derrotados y vencedores.

Iniciamos este texto con la polémica del bicentenario de la Revolución Francesa, porque fue a partir de este acontecimiento, como indicó Norberto Bobbio, cuando se inició la desvalorización del concepto de revolución²² con un alcance más amplio que el de la Revolución Francesa, abrazando todas las revoluciones contemporáneas. Charles Tilly argumenta incluso que 1989 fue el año en que «intelectuales

franceses y francófilos» intentaron hacer un «*réquiem* por la revolución».²³

En primer lugar, el concepto de revolución tiene un significado histórico que podemos y debemos debatir, pero que de ninguna forma se confunde con una visión teleológica que asocia el cambio de régimen revolucionario con la consolidación de un régimen democrático liberal. El periodo posterior a la década de los 70 del siglo XX vio surgir en el mundo una ola de nuevos regímenes de democracia representativa que inspiraron un paradigma en la ciencia política, de tradición fuertemente ligada al pensamiento liberal, como argumenta Chilcote,²⁴ que es simultáneamente teleológico –las sociedades caminarán inevitablemente hacia un tipo de régimen, la democracia liberal– e ideológico –en la medida en que todos esos análisis, como indica Matheus Silva, o proponen «la profundización del modelo neoliberal como forma de solucionar los problemas de la democracia contemporánea» o buscan la «mejora de la democracia dentro del ámbito de la democracia liberal actualmente existente».²⁵

Este análisis ha sido objeto de críticas incluso en España, modelo de este paradigma, donde el cambio de régimen se dio por negociación entre la clase dominante y las direcciones de las organizaciones obreras y de trabajadores (PCE, PSOE, CCOO). Encarnación Lemus, por ejemplo, recuerda que la democracia no era el desenlace obligatorio de la lucha política y social que se dio en España en 1975:

Por un lado, en 1975, el socialismo como principio ideológico y como sistema social no estaba desautorizado; la vía socialista se estaba intentando en Portugal; por otro lado, todavía existía el Gobierno republicano en el exilio, que reclamaba la legalidad, y los partidos de la oposición, tanto los socialistas como el PCE, eran republicanos.²⁶

Carlos Taibo escribe que «buena parte de la literatura sobre transiciones no se limita a analizar las transiciones, si no que agrega a éstas un destino final deseado: la democracia».²⁷ Con

un efecto asociado, que es el hecho de que el mismo estudio de las democratizaciones esté infectado por visiones que desprecian las variables sociales, como recuerda el investigador político Gabriel Vitullo:

La necesidad de rescatar y dar mayor atención a las variables estrictamente políticas –antes no tomadas en cuenta– no puede autorizar a que la democratización sea vista apenas como el resultado de una elección u opción estratégica de las élites dirigentes, omitiendo al resto de la sociedad, los sectores populares y la historia misma, como se manifiesta en el compendio de Higley y Gunther (1992), cuyo objetivo primordial parece ser el de adoptar el compromiso de las élites como precondición fundamental para la consolidación de la democracia. Como argumenta Bunce (2000, p. 635) con fundamento, limitarse a ese único plano de análisis implica aceptar que son las élites y no la sociedad, la política y no la economía, los procesos internos y no las influencias internacionales, los que constituyen los factores cruciales de la democratización y que, por tanto, añadiríamos, la democracia puede ser construida o desmontada de acuerdo con las opciones o decisiones tomadas por un reducido grupo de liderazgos políticos.²⁸

La democracia, en los términos en que se consolidó en Portugal, fue el resultado de la lucha de clases, de la revolución y de la contrarrevolución, pero no fue su resultado inevitable, lo que puede deducirse legítimamente de los estudios que analizan las transiciones a la democracia en la Europa del Sur. Se podrán considerar, en el caso portugués, los factores que pesaban a favor de la consolidación de Portugal como una democracia liberal –geográficamente insertada en la Europa Occidental y, por lo tanto, en el cuadro de la división de Yalta y Potsdam, en la esfera de influencia de la NATO; peso de sectores medios ligados a pequeña propiedad, sobre todo del centro y del norte del país; calidad de la dirección de la contrarrevolución, que se apoyó en grandes dirigentes políticos como Mário Soares, etc.– y también los factores que hacían peligrar esa hipótesis –la existencia de una revolución; la profunda crisis económica y militar

del país; el prestigio, todavía a esta altura, de las sociedades que se reclamaban el socialismo; la existencia de países donde al contrario de los factores internacionales, la expropiación se dio, como Cuba; la «onda revolucionaria» abierta con el Mayo del 68 en Francia.²⁹ La consideración de unos y otros factores –sólo citamos algunos– es parte del trabajo del historiador. Pero no autoriza argumentos contrafactuales. La democracia no era, no se puede afirmar que fuera, inevitable.

Pero otro argumento descalifica el término «transición para la democracia» para designar el periodo revolucionario. La revolución es un periodo distinto del régimen democrático que prosiguió a la contrarrevolución, y, por lo tanto, no es correcto introducir procesos distintos en una única noción de «transición para la democracia». Hubo, de hecho, dos rupturas en Portugal entre 1974 y 1976: se pasó del régimen fascista a un periodo revolucionario (que se puede dividir en dos subtipos, uno esencialmente democrático, hasta el 11 de marzo de 1975, y otro de disputa objetivamente socialista a partir de esa fecha) y, de ese, hacia otro democrático liberal, que se comienza a formar a partir de noviembre de 1975. El nuevo nace del viejo. Pero es necesario recordar que la revolución portuguesa no fue el «accidente» que dio origen a la democracia. Fue una situación distinta del régimen democrático liberal que le sucedió –y cuya matriz genética es la propia revolución–,³⁰ pero que asienta en dos presupuestos radicalmente distintos del periodo revolucionario: la democracia representativa y el respeto por la propiedad privada de los medios de producción.

El término «transición por ruptura» tampoco elimina esta omisión, una vez que hubo dos rupturas muy bien delimitadas cronológicamente, en términos de dirección política, y en términos de la organización de las fuerzas armadas en Portugal: el golpe militar del 25 de abril de 1974, que inició la revolución, y el golpe militar del 25 de noviembre, que inició la contrarrevolución y el régimen democrático-liberal. La única fron-

tera que no está clara en el cambio ocurrido el 25 de noviembre es precisamente la que se refiere al campo de las luchas sociales (las ocupaciones de tierras, por ejemplo, prosiguieron después de noviembre de 1975). Una vez que la contrarrevolución también es un proceso en sí misma (que comienza en un golpe militar, pero no se reduce a él) y va a suceder en un corto y medio plazo (los bancos serán privatizados una década después). Pero desde el punto de vista del régimen el cambio fue claro, con el fin de la indisciplina en los cuarteles justo después del 25 de noviembre 1975 y la realización de elecciones legislativas en abril de 1976.

Otro argumento recuerda todavía que el propio concepto de revolución tiene una historia. Carlos Taibo recuerda, a propósito de los cambios de régimen de la Europa del Este (1989), que el concepto de revolución y transición difícilmente son compatibles.³¹ Norberto Bobbio señala que el término revolución tiene una historia y un significado propios, que el investigador político italiano opone a reforma y no a transición.³² El concepto de revolución, inclusive, es, para este politólogo, menos polémico que la extensión de la radicalidad de la mudanza en una revolución:

Afirmemos desde ahora que la dificultad para emitir un juicio sobre la radicalidad de la mudanza es mucho mayor que la dificultad para definir el acontecimiento revolucionario en relación a la naturaleza del movimiento.³³

El término transición es, finalmente, impreciso porque a él está asociado un «cómo» —negociación entre «élites», es decir, acuerdo entre dirigentes de las clases en conflicto—, pero se explica «por qué», lo que en último análisis deposita sobre la voluntad individual de los dirigentes la razón de tal negociación.

En resumen, se verifica entre un sector de la investigación histórica y política una tendencia para considerar la revolución portuguesa como una enfermedad que surge en un momento en que ya se estaba dando una transición en

el País en el sentido de la democratización, es decir, tiende a dominar una visión de que la revolución interrumpió, como que inintencionadamente, una transición/modernización que ya estaría en curso y que permitiría asegurar el cambio y, simultáneamente, la estabilidad del Estado. El uso del concepto de «transición» no es, en este caso, una elección inconsciente porque el mismo concepto propone una visión historiográfica que conlleva una visión teleológica de las sociedades: el régimen democrático como fin de la historia. Es, además, esta visión ideológica del mundo la que justifica que algunas obras sobre la revolución portuguesa, que no se anclan en las teorías de la transitología y tienen por base un estudio histórico riguroso, no se hayan retraído de clasificar la revolución como una patología, como es el caso de la obra *Portugal em Transe*, de José Medeiros Ferreira³⁴ o *Os Dias Loucos do PREC*, del periodista José Pedro Castanheira.³⁵

Nos parece que este debate es ineludible y su profundización, para la cual damos aquí apenas una contribución, es provechosa y deseable. Sin embargo, levantar una historiografía competente, rigurosa y capaz de resistir a las presiones del poder político actual implica mucho más que el debate de la terminología. Implicará, tal vez, entre otros caminos, el rechazo de las teorías filosóficas postmodernas que desvalorizan la labor de la propia historia en detrimento de disciplinas más especulativas; y exigirá un retorno innovado a la historia social y a la centralidad de los conflictos sociales para explicar el proceso histórico. En el caso del estudio de la revolución portuguesa, este esfuerzo nos llevará a la centralidad de las revoluciones anticoloniales contra el imperio portugués y al levantamiento amplio de los conflictos obreros y populares durante la revolución.

Las revoluciones anticoloniales y el mito de la revolución «sin muertos»

El día 25 de abril de 1974, un golpe llevado a

cabo por el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) pone fin a la dictadura portuguesa. De inmediato, y contra la opinión de los militares que dirigieron el golpe —que insistían por la radio para que la población permaneciese en casa—, millares de personas se echaron a la calle, y fue así con las personas a la puerta, gritando «Muerte al fascismo», cómo en el Cuartel del Carmo, en Lisboa, el jefe del Gobierno fue cercado; las puertas de las prisiones de Caxias y Peniche se abrieron para que saliesen todos los presos políticos; la PIDE, la policía política, fue desmantelada, atacada la sede del periódico del régimen *A Época* y la censura abolida. La caída de la dictadura se dio de forma imprevista y las fuerzas sociales que protagonizaron el golpe de estado, el 25 de abril de 1974, no eran el resultado de las contradicciones que el atraso del país generó, sino precisamente de su condición imperial: la guerra de liberación de los pueblos africanos condujo a la más grave crisis del régimen, que se resolvió, en media docena de horas, casi sin sangre y sin violencia.

La revolución fue la traducción en la metrópolis de la derrota en la guerra colonial. La victoriosa lucha de los movimientos de liberación de las colonias portuguesas, apoyados en las masas campesinas y populares de esos países, llevó a que en Guinea el PAIGC (Partido Africano para a Independência da Guiné e Cabo Verde), liderado por Amílcar Cabral, hasta la muerte de éste en enero de 1973 consiguiese declarar unilateralmente, ya en 24 de septiembre de 1973, la independencia. En Mozambique y Angola el ejército colonial portugués sufría importantes derrotas. La prolongación de la guerra a lo largo de trece años, sin vislumbre de cualquier solución política en el cuadro del régimen de Marcelo Caetano y la inminencia de la derrota abrieron la crisis en las fuerzas armadas, columna vertebral del Estado.³⁶

En el Portugal de hoy, al lado de la Torre de Belém, símbolo de los Descubrimientos y del inicio de la formación del Imperio portugués, está el Monumento Nacional a los Combatien-

tes de Ultramar, un edificio en forma de flecha que apunta para África. El día 10 de junio, fiesta nacional que celebra el día de Portugal, de Camões y de las Comunidades, los ex combatientes se reúnen, con el apoyo de las instituciones estatales y de los partidos más conservadores, para rendir homenaje a los muertos en combate en la guerra colonial. Si el investigador indaga la historia de la guerra colonial, recorriendo algunas de las más serias y rigurosas obras sobre este período, como *A Guerra Colonial*, de Aniceto Afonso,³⁷ encontrará con detalle el número de muertos del Ejército portugués³⁸ (y la brutalidad de sus acciones, como el uso de *napalm* sobre población civil, etc.), pero no hallará ninguna pista sobre el número de muertos de los guerrilleros de los movimientos de liberación o de los civiles.

De acuerdo con el Estado mayor del Ejército murieron al servicio del Ejército portugués 8.300 militares, en Guinea, Angola y Mozambique.³⁹ Es muy difícil saber el número de muertos del lado de los movimientos de liberación, porque ese trabajo no lo hicieron historiadores africanos. Pero, de acuerdo con estudios internacionales —que no se basaban tanto en cálculos estadísticos y carecían de cualquier tipo de estudio empírico de la realidad—, como los de T. Hartman⁴⁰ o William Eckhardt⁴¹ murieron de 3 a 5 veces más guerrilleros y 10 veces más civiles. Por lo tanto, los números más optimistas de estos estudios contabilizan un número total de víctimas entre guerrilleros y civiles superior a 100.000 muertos.⁴²

Sería inadecuado identificar en esta falta de referencias a las víctimas de todo el conflicto un síntoma de la falta de rigor estadístico sobre las bajas de los ejércitos anticoloniales, una vez que la historiografía sobre la guerra no se limita a afirmar esta duda, sino a asumir la guerra colonial como una guerra «poco intensa», con pocos muertos, un *low cost conflict*.⁴³ Esta omisión contribuye a la propagación del mito, todavía hoy dominante en la sociedad portuguesa, de que los portugueses hicieron una revolución

«sin muertos», «pacífica», casi una prolongación, aunque no directa, del país de «blandas costumbres» que a la propaganda de Salazar le gustaba airear. Durante la revolución murieron 16 personas más. La revolución fue la causa directa de la movilización anticolonial, donde morirán millares, todavía. Esta opción de investigación, que separa artificialmente la revolución de su causa principal y que segrega de las semillas de la propia revolución los muertos que encabezaron la lucha contra el Ejército portugués, tiene consecuencias en la construcción de una falsa memoria sobre la revolución y sobre la guerra.

También sobre el conflicto colonial, se evidencia que en la década de 70 del siglo XX era común la referencia a la lucha de los pueblos coloniales como «revoluciones anti-coloniales» —y fue así como se designaron todas las guerras de liberación de posguerra—. Ésta es hoy una terminología marginal, a la que se superpone la de «guerra colonial». El uso de una terminología en detrimento de la otra conduce, en cierta medida, a la desvalorización de las movilizaciones masivas, en este caso de campesinos y clases populares, contra el imperio colonial portugués. Es cierto que estas movilizaciones no se tradujeron en manifestaciones de calle o asaltos a «Palacios de Invierno» (ni podían, porque la base de apoyo de la guerrilla era una población campesina y dispersa, siendo en algunos casos las propias aldeas destruidas utilizando *napalm* y sus poblaciones realojadas en campamentos controlados por la tropa, además de la prohibición de reuniones o manifestaciones que era común a la metrópolis y a las colonias). Pero se tradujeron en un apoyo campesino generalizado a los guerrilleros —semejante a lo que ocurrió en China, en Cuba, en Vietnam, en Indonesia e incluso en Francia o en la Yugoslavia de la resistencia antinazi—, sin el cual las guerrillas no habrían sobrevivido.

Una de las historiadoras que, contra corriente, reivindicó la importancia de la resistencia anticolonial fue Dalila Cabrita Mateus en su obra *A PIDE-DGS e a Guerra Colonial*.⁴⁴ A partir

del estudio de la organización de la policía política en las colonias —y usando también archivos africanos, así como una serie de entrevistas a guerrilleros—, Dalila Mateus demuestra la brutalidad de la represión contra los guerrilleros, proporcionando un teatro de alguna forma sorprendente para quien estudiaba la actuación de la PIDE en la metrópolis, vista como poco eficaz, pese a su brutalidad, contra los miembros del Partido Comunista. En las colonias era asimismo una policía brutal, que capturó y torturó a millares de combatientes, con un largo apoyo entre los colonos, con una red de información y vigilancia esencial en el auxilio a la guerra, un enlace estrecho con los comandos militares y, sobre todo, extremadamente eficaz: «La violencia del acto colonial fue sabia que alimentó la brutalidad y los crímenes de la PIDE/DGS, que, en África, practicó una represión de masas y desempeñó un papel de gran importancia en la Guerra Colonial».⁴⁵

Este relato, que ha llegado ahora a las páginas de la historia, había pasado antes por los reportajes de periodismo y las novelas literarias. Son a este respecto imprescindibles los documentales realizados por Diana Andringa, *As Duas Faces da Guerra y Tarrafal: Memórias do Campo de Morte Lenta* y Joaquim Furtado, *A Guerra*, ambos con un importante esfuerzo para mostrar los dos lados del conflicto y también la brutalidad del propio Ejército colonial. En literatura destacan decenas de escritores y poetas, muchos de los cuales militaron en las filas de los movimientos de liberación, entre los más conocidos Luandino Vieira, Pepetela y Mia Couto.⁴⁶

La centralidad del conflicto social

Las obras que han marcado el debate reciente en torno a la revolución portuguesa, con perspectivas diferentes entre sí, privilegian el papel de los sujetos representativos, partidos y MFA, centrándose en los archivos institucionales o entrevistas actuales a cuadros dirigentes de la revolución, militares o civiles, nacionales o in-

ternacionales.⁴⁷ Estas obras son indispensables actualmente para comprender la revolución portuguesa, habiendo documentado acontecimientos tan decisivos como el papel de los militares o las influencias externas en la revolución portuguesa. Pero es notable el predominio que unas obras centradas en direcciones políticas y teniendo como fuente principal los mismos dirigentes políticos (con un *boom* de historia oral hecha con dirigentes de Estado, de partidos, de asociaciones, de escuelas, etc.) tiene sobre los estudios que abordan las clases sociales.

Se podría atribuir este hecho al problema perenne de las fuentes, que siempre se cita cuando se trata de analizar la historia de las clases trabajadoras y populares. Carlo Ginzburg, por ejemplo, inicia su *O Queijo e os Vermes* recordando justamente que «La escasez de testimonios sobre el comportamiento y las actitudes de las clases subalternas del pasado es con seguridad el primero –pero no el único– obstáculo contra el cual las investigaciones históricas del género chocan».⁴⁸ Precisamente cuando se trata de una situación revolucionaria, cuya característica principal es la participación social de millones de personas alejadas hasta ese momento de la política, la escasez de fuentes es un obstáculo tanto o más difícil de sobrepasar. Pero no imposible.

Actualmente hay más fuentes en Portugal para estudiar la revolución de las que había después de la década de los 70 del siglo XX, cuando se hicieron los estudios del movimiento obrero portugués de la revolución o las obras que estudiaron la revolución privilegiando la historia de las clases y de sus direcciones, como los estudios todavía hoy imprescindibles de Chip Dows,⁴⁹ Santos *et al.*,⁵⁰ John Hammond,⁵¹ Loren Goldner,⁵² entre otros. La elección del enfoque historiográfico que se hace es fundamental y no se refiere sólo a un problema de fuentes. Porque el problema central no es el de las fuentes, sino el de que haya historiadores disponibles para trabajar determinado objeto, como escribió Eric Hobsbawm en el ensayo *La Historia de*

abajo para arriba:

Muchas de las fuentes para la historia de los movimientos populares apenas se reconocieron como tales porque alguien se preguntó y después sondeó desesperadamente en busca de alguna forma –cualquier manera– de responderla. No podemos ser positivistas, pensando que las preguntas y las respuestas surgen naturalmente del estudio material.⁵³

Pasados más de 35 años de la revolución portuguesa no existe en Portugal una historia del movimiento obrero en la revolución portuguesa y el más detallado de éstos –que relata en cuántas empresas hubo conflictos laborales, qué tipo de conflictos, de reivindicaciones, de métodos, de objetivos, número de trabajadores involucrados– continúa siendo el realizado por Santos *et al.* en 1977⁵⁴ y abarca las luchas sociales del final de los años 70 del siglo XX y el periodo entre 25 de abril de 1974 y 1 de junio de 1974, menos de dos meses, por lo tanto. Fátima Patriarca⁵⁵ y Durán Muñoz⁵⁶ estudiaron también los movimientos sociales en la revolución portuguesa, pero sin el detalle del estudio de Santos *et al.* Los estudios sobre las ocupaciones de tierras son más abundantes y detallados.⁵⁷ Pero en el movimiento obrero no ocurre lo mismo. Incluso recogiendo todos los trabajos citados anteriormente, gran parte del *puzzle* de la historia de la revolución continúa incompleto.

Por ejemplo: ¿Hasta dónde llegó la fuerza de los trabajadores entre 1974-1975? ¿Se exagera o no el papel de los trabajadores durante la revolución, o en otras palabras, se mistifica a la clase obrera y a sus aliados? ¿Cuál es el grado de espontaneidad de sus acciones? ¿Cuáles eran las organizaciones que tenían más fuerza cerca de los trabajadores? ¿En qué fábricas y en qué áreas geográficas las acciones fueron más radicalizadas? ¿En cuántas empresas y fábricas hubo luchas, qué tipo de luchas y qué fuerza tenían las organizaciones políticas y sindicales entre el *Verano Caliente* y el 25 de noviembre de 1975? ¿Cuál fue la política de los principales partidos

políticos, del PCP y del PS, para los trabajadores? ¿Cuál fue el grado de autonomía del MFA frente a los partidos y frente a los trabajadores? ¿Por qué el 25 de noviembre, después de un proceso tan radical, supuso un golpe a la revolución con tan escasa resistencia popular y obrera? ¿Qué le ocurrió al Estado en la revolución portuguesa? O, ¿hasta dónde fueron los organismos de doble poder? ¿Cuál fue la fuerza real de las clases en Portugal en aquel bienio y cómo actuaron sus grupos dirigentes?

Conocemos, por ejemplo, el decreto del Consejo de la Revolución que institucionalizó la nacionalización de la banca nacional; los discursos inflamados del Presidente de la República, Costa Gomes, al defender el decreto; el agradecimiento público del Partido Comunista al Consejo de la Revolución. No podemos dejar de considerar esto. Pero no sabemos en cuántos bancos había ocupaciones; cuántos trabajadores estaban ocupando las instalaciones; cuántos de éstos eran cuadros dirigentes; cuántos estaban politizados, cuántos eran militantes de organizaciones de izquierda y de qué organizaciones; cuántos eran afectos al PCP; cuál era el grado de lucha dentro del sindicato de los banqueros, cuál era el grado de confianza de la base en su dirección sindical.

Un enfoque historiográfico que privilegie las luchas sociales es indispensable para comprender una situación revolucionaria, un paso en el sentido de hacernos cambiar, en primer lugar, las preguntas. Es imposible comprender la totalidad del golpe del 11 de marzo de 1975 sin tener una relación de las fábricas y empresas del país donde había ocupaciones, huelgas y secuestros o prohibición de entrada del patrón/administrador en la empresa, sin tener un conocimiento empírico detallado sobre la conflictividad social de los meses anteriores.

Es un hecho, por poner un ejemplo, que históricamente es menos complicado atribuir la responsabilidad de la nacionalización de la banca al Consejo de la Revolución, ya que, normalmente, esos documentos son de más fácil acceso. Pero

siendo así, y creemos que era sobre lo que alertaba Hobsbawm, la historia se reducirá a una lucha racional de direcciones políticas –partidos políticos, organizaciones sindicales, direcciones, élites dirigentes–, que actúan independientemente de su base social y clase de origen.

No podemos dejar, con todo, de hacer referencia a un campo de estudios de la revolución donde la historia de los conflictos sociales ha sido erigida en un diálogo constructivo entre la investigación de los conflictos sociales, las direcciones políticas y las transformaciones institucionales. La cuestión de la reforma agraria es la que ha concitado el mayor número de estudios sobre los movimientos sociales en la revolución portuguesa. Entre estos estudios se incluyen los trabajos de Oliveira Baptista,⁵⁸ ingeniero agrónomo y ministro de Agricultura de los gobiernos IV y V provisional en 1975; de Antonio Barreto,⁵⁹ sociólogo y el político que preparó el proyecto de desmantelamiento de la reforma agraria, y la obra de Constantino Piçarra,⁶⁰ quien hace un estudio de la reforma agraria en el distrito de Beja, donde se produjo la mayoría de las ocupaciones de tierras en 1974-75.

Desde el 25 de abril hubo una actividad frenética en el campo, como no se había vivido desde las luchas de 1962.⁶¹ La política inicial del Estado, en ese tiempo sin un Ministerio de Agricultura, sino sólo una Secretaría, encabezada por Esteves Belo estaba buscando una rentabilización capitalista del agro.⁶² Pero el conflicto social se había instalado en los campos del sur, los conflictos, las huelgas, por un lado, a través de procesos de sabotaje económico habían conducido al Estado a tener la necesidad de garantizar la paz social, y intervenir en muchas granjas –en las diferentes legislaciones aprobadas en octubre y noviembre, pero especialmente por el Decreto Ley 660/74 de 25 de noviembre– para garantizar el empleo en última instancia. Esta dinámica generó, de acuerdo con Constantino Piçarra, la creciente conciencia de que la reforma agraria sería la única manera de garantizar la estabilidad en el empleo. Ésta es también la conclusión de

Oliveira Baptista, «a la primera quincena de junio, situaciones relacionados con el desempleo, a menudo asociados con la mala utilización de la tierra, o los atrasos salariales o de capitalización intentado, son la base de las ocupaciones».⁶³ De acuerdo con António Barreto, la primera ocupación de tierras se lleva a cabo en noviembre de 1974. A partir de enero de 1975 se inicia la ocupación sistemática de las mismas, aunque con un ritmo lento. En febrero hay un salto cualitativo en el número de ocupaciones —ya están ocupadas siete veces más tierras que en enero.⁶⁴

Constantino Piçarra concluye en su estudio que el Partido Comunista fue políticamente responsable del proceso de ocupación del suelo, debido a la progresiva conciencia por parte de los trabajadores agrícolas de que su principal demanda —disponer de un trabajo seguro 12 meses del año— sólo estaría garantizada con la realización de una reforma agraria.⁶⁵

El 16 de abril de 1975 en Beja y Évora, más de 20.000 trabajadores agrícolas se manifiestan con el lema «Queremos la Reforma Agraria», exigiendo la expropiación de los terratenientes sin indemnización. El IV Gobierno Provisional aprobó el 7 de julio de 1975, con la ausencia del Partido Socialista, las leyes de reforma agraria. Se crea la Zona de Intervención de la Reforma Agraria (ZIRA), que abarca los distritos de Beja, Évora, Portalegre y Setúbal. Representaba el 40% del país.

Consideraciones finales

Investigar y comprender la revolución portuguesa, a partir de los estudios de historia social del movimiento obrero, la espina dorsal de la revolución, su esqueleto, en palabras de Chris Harman,⁶⁶ es una opción que contiene en sí una elección: la admisión de la autonomía relativa de la teoría, es decir, la asunción de que los documentos no «hablan por sí solos», como quisieran en otro tiempo los positivistas, y como hoy de alguna forma apuntan las teorías postmodernas, al ocultarse en una indiferenciación

de las causas explicativas del proceso histórico. Dicho de otra forma, el historiador parte de una teoría para verificar si se confirma o no la realidad; y procura explicar esa realidad jerarquizando, en una historia en construcción, los factores que contribuyeron en un determinado acontecimiento.

Revisionismo, como escribió Eric Hobsbawm,⁶⁷ no es todo, y cualquier proceso de escritura de la historia —como pretenden precisamente las teorías postmodernas—,⁶⁸ sino anhelar la construcción de una historia sin datos de la realidad que la verifiquen, sin jerarquizar la importancia de los acontecimientos u ocultando datos fundamentales del análisis.

La revolución portuguesa nació de las entrañas de una derrota político-militar de un Ejército regular por movimientos guerrilleros apoyados en los campesinos de Guinea-Bissau, Angola y Mozambique. Esa derrota se combinó con la crisis económica más grave del capitalismo de posguerra, iniciada en 1973, el protagonismo del movimiento obrero y las peculiaridades de ese mismo movimiento obrero portugués, caracterizado por su juventud, desorganización política y sindical y su concentración en el cinturón industrial de Lisboa. Se abrió en Portugal, en el bienio 1974-1975, la crisis de Estado más grave surgida en el Portugal contemporáneo y se inició la última revolución de la Europa Occidental en la postguerra, cuestionando la propiedad privada de los medios de producción. Las tareas «reformistas», en el sentido clásico del término (nacionalizaciones, reforma agraria, mejora de los salarios), adquirieron una dimensión revolucionaria porque fueron conquistadas contra la burguesía, con métodos propios del movimiento obrero (huelgas, ocupaciones de tierras y fábricas) y, en muchos casos, a través de organismos autónomos de trabajadores, de asalariados agrícolas y, en un determinado momento, de soldados. Comprenderla, desde el punto de vista historiográfico, implica situarla en su dimensión real, o sea, recuperar, investigar, conocer, catalogar los conflictos sociales. Y rele-

var como protagonistas a los protagonistas sociales (clases y sus fracciones), en alternativa a un enfoque que mira la historia con el prisma de los sujetos representativos (élites), procurando de esta forma eliminar del desarrollo social la noción de conflicto colectivo.

Escoger esta opción, la de la historia de los conflictos colectivos, de los movimientos sociales, es hoy uno de los caminos posibles para vencer la contienda de la memoria. Pero esta elección nos abrirá invariablemente una «caja de Pandora». En primer lugar porque una historia de la conflictividad social implicará el rechazo de una historia teleológica que adopta la democracia como el régimen inevitable para sustituir las dictaduras ibéricas en la década de los 70; y finalmente porque ésta nos permitirá recuperar esa dimensión histórica de la historia, o sea, la capacidad de los seres humanos de escribir su propia historia.

Traducción: Ángela Carcedo Martín (angelalisboa@hotmail.com)

NOTAS

- 1 La obra más importante donde el novelista británico discute la manipulación del pasado es ORWELL, George, *Mil Novecentos e Oitenta e Quatro*, Lisboa, Antígona, 2007.
- 2 BIRKE, Peter, HUTTNER, Bernd, OY, Gottfried (HRSG.), *Alte Linke-Neue Linke? Die Sozialen Kämpfe der 1968er Jahre in der Diskussion*, Berlin, Karl Dietz Verlag, 2009.
- 3 <http://www.parlamento.pt/Legislacao/Documents/constpt2005.pdf>. Consultado a 14 de julho de 2010.
- 4 <http://www.parlamento.pt/Legislacao/Documents/constpt2005.pdf>. Consultado a 14 de julho de 2010.
- 5 http://jpn.icicom.up.pt/2007/03/26/salazar_vence_concurso_os_grandes_portugueses.html Consultado a 14 de julho de 2010.
- 6 <http://www.micportugal.org/index.htm?no=1000481>. Consultado a 14 de julho.
- 7 FURET, François, *Pensando a Revolução Francesa*, Rio de Janeiro, Editora Paz e Terra, 1989.
- 8 HOBBSAWM, Eric, *Ecos da Marselhês*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996.
- 9 HOBBSAWM, Eric, *Ecos da Marselhês*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996, p. 123.
- 10 FERREIRA, Medeiros, «25 de Abril, uma Revolução?», En: MATTOSO, José (coord.), *História de Portugal. Portugal em Transe*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1993, pp. 7-11.
- 11 PINTO, António Costa, «Abril e o Futuro», *Diário de Notícias*, 28 de abril de 2004.
- 12 ROSAS, Fernando, «Abril é Revolução», *Público*, 14 de abril de 2004.
- 13 COELHO, António Borges, «Nos Trinta Anos da Revolução de Abril», *Le Monde Diplomatique*, abril de 2004; CABRAL, Manuel Villaverde, «O 25 de abril em Retrospectiva», *Le Monde Diplomatique*, abril de 2004. Ver también MATOS, Luis Salgado de, «O 25 de Abril e a Democracia», *Público*, 12 de abril de 2004.
- 14 ARCARY, «Quando o Futuro era Agora. Trinta Anos da Revolução Portuguesa», Outubro, São Paulo, Xamã, n° 11, 2004, pp. 71-92; GOLDNER, Loren, *Ubu Saved from Drowning: Class Struggle and Statist Containment in Portugal and Spain, 1974-1977*, Cambridge MA, Queequeg Publications, 2000; HAMMOND, John, «Worker Control in Portugal: The Revolution and Today», *Economic and Industrial Democracy*, London, Sage Publications, 1981, pp. 413-453.
- 15 SANTOS, Boaventura Sousa, «A Crise e a Reconstituição do Estado em Portugal. 1974-1984», *Revista Crítica de Ciências Sociais*, n° 14, Novembro de 1984, pp. 7-29; FERREIRA, Medeiros, «25 de Abril, uma Revolução?», En: MATTOSO, José (coord.), *História de Portugal. Portugal em Transe*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1993.
- 16 MEDINA, João, «Portugal Democrática», En: MEDINA, João, *História de Portugal*, Lisboa, Clube Internacional do Livro, 1998; ROSAS, Fernando, *Portugal Século XX (1890-1976). Pensamento e Acção Política*, Lisboa, Editorial Notícias, 2003.
- 17 CERVELLÓ, Josep Sánchez, «El Proceso Democrático Portugués (1974-75)», En: TORRE, Hipólito de la (coord.), *Portugal y España en el cambio político (1958-1978)*, Mérida, UNED, 1989, pp. 149-166.
- 18 REZOLA, Maria Inácia, *Os Militares na Revolução de Abril: o Conselho da Revolução e a Transição para a Democracia em Portugal*, Lisboa, Campo da Comunicação, 2006.
- 19 MOREIRA DE SÁ, Tiago, *Carlucci vs. Kissinger*, Lisboa, D. Quixote, 2008.
- 20 SCHMITTER, Philip, *Portugal: Do Autoritarismo à Democracia*, Lisboa, ICS, 1999.
- 21 PINTO, António Costa, «Political Purges and State Crisis in Portugal's Transition to Democracy 1975-76», *Journal of Contemporary History*, LA-London, Sage Publications, Vol 43 (2), 2008, pp. 305-332.
- 22 BOBBIO, Norberto, *Teoria Geral da Política*, São Paulo, Editora Campus, 10.ª edição, 2000, p. 606.
- 23 TILLY, Charles, *Las Revoluciones Europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 17.
- 24 CHILCOTE, Ronald, *Teorias da Política Comparativa: a Busca de um Paradigma Reconsiderado*, Petrópolis, Vozes, 1997, p. 88.
- 25 SILVA, Matheus Passos, *Relações entre Estado e Democracia na Teoria Política Contemporânea*, Brasília, DF, 2005, p. 3. In http://bdtb.bce.unb.br/tedesimplificado/tde_busca/arquivo.php?codArquivo=561 Consultado 6 de noviembre de 2009.
- 26 LEMUS, Encarnación, *En Hamelin... La Transición Española más allá de la frontera*, Oviedo, Septem Ediciones, 2001, p. 16.
- 27 TAIBO, Carlos, «Sovietólogos y Transicionólogos: una Relación Conflictiva», En: *Las Transiciones en Europa Central y*

- Oriental*, Madrid, Catarata, 1998, p. 12.
- 28 VITULLO, Gabriel E, «Transitologia, consolidação e democracia na América Latina: uma revisão crítica», *Revista Sociologia Política*. [online], 2001, no. 17 [citado 2007-02-12], pp. 53-60. Disponible en: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104782001000200006&lng=pt&nrm=iso>. ISSN 0104-4478. doi: 10.1590/S0104-44782001000200006.
- 29 BIRKE, Peter, HUTTNER, Bernd, OY, Gottfried (HRSG), *Alte Linke-Neue Linke? Die Sozialen Kämpfe der 1968er Jahre in der Diskussion*, Berlin., Karl Dietz Verlag, 2009.
- 30 ROSAS, Fernando. *Pensamento e Acção Política. Portugal Século XX (1890-1976)*, Lisboa, Editorial Notícias, 2004, p. 138.
- 31 TAIBO, Carlos. «Sovietólogos Y Transicionólogos: una Relación Conflictiva». *Las Transiciones en Europa Central y Oriental*. Madrid: Catarata, 1998, p. 12.
- 32 BOBBIO, Norberto, *Teoria Geral da Política*, São Paulo, Editora Campus, 10.ª edição, 2000, pp. 577-609.
- 33 BOBBIO, Norberto, *Teoria Geral da Política*, São Paulo, Editora Campus, 10.ª edição, 2000, p. 606.
- 34 FERREIRA, Medeiros, «25 de Abril, uma Revolução?», En: MATTOSO, José (coord.), *História de Portugal. Portugal em Transe*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1993.
- 35 CASTANHEIRA, José Pedro, GOMES, Adelino, *Os Dias Loucos do PREC*, Lisboa, Expresso/Público, 2006.
- 36 ROSAS, Fernando, *Pensamento e Acção Política. Portugal Século XX (1890-1976)*, Lisboa, Editorial Notícias, 2004, p. 136.
- 37 AFONSO, Aniceto, GOMES, Carlos, *A Guerra Colonial*, Lisboa, Editorial Notícias, 2000.
- 38 AFONSO, Aniceto, GOMES, Carlos, *A Guerra Colonial*, Lisboa, Editorial Notícias, 2000, pp. 526-533.
- 39 PINTO, António Costa, *O Fim do Império Português*, Lisboa, Livros Horizonte, 2001, pp. 52-53.
- 40 HARTMAN, T., MITCHELL, J., *A World Atlas of Military History 1945-1984*, London, Leo Copper-Secker & Warburg, 1984.
- 41 ECKHARDT, William. En: SIVARD, Ruth Leger, *World Military and Social Expenditures 1987-1988*, Washington D.C., World Priorities Inc. 1987 (12th ed.).
- 42 SIVARD, Ruth Leger, *World Military and Social Expenditures 1987-1988*, Washington D.C., World Priorities Inc, 1987 (12th ed.); HARTMAN, T., MITCHELL, J., *A World Atlas of Military History 1945-1984*, London, Leo Copper-Secker & Warburg, 1984.
- 43 CANN, John P., *Counterinsurgency in África. The Portuguese Way of War, 1961-1974*, Westport, Greenwood Press, 1997, p. 106. PINTO, António Costa, *O Fim do Império Português*, Lisboa, Livros Horizonte, 2001, p. 52.
- 44 MATEUS, Dalila Cabrita, *A PIDE-DGS e a Guerra Colónia*, Lisboa, Terramar, 2004.
- 45 MATEUS, Dalila Cabrita, *A PIDE-DGS e a Guerra Colonial*, Lisboa, Terramar, 2004, p. 420.
- 46 Para una extensa bibliografía de la literatura sobre la guerra colonial ver MELO, João de, *Os Anos da Guerra 1961-1975*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1988, pp. 9-30.
- 47 REZOLA, Maria Inácia, *Os Militares na Revolução de Abril: o Conselho da Revolução e a Transição para a Democracia em Portugal*, Lisboa, Campo da Comunicação, 2006; MOREIRA DE SÁ, Tiago, *Carlucci vs. Kissinger*, Lisboa, D. Quixote, 2008.
- 48 GINZBURG, Carlo, *O Queijo e os Vermes*, São Paulo, Companhia das Letras, 2007, p. 11.
- 49 DOWS, Chip, *Os Moradores à Conquista da Cidade*, Lisboa, Armazém das Letras, 1978.
- 50 SANTOS, Maria de Lurdes, LIMA, Marinús Pires de, FERREIRA, Vítor Matias, *O 25 de Abril e as Lutas Sociais nas Empresas*, Porto, Afrontamento, 1976, 3 volúmenes.
- 51 HAMMOND, John, «Worker Control in Portugal: The Revolution and Today», *Economic and Industrial Democracy*, London, Sage Publications, 1981, pp. 413-453.
- 52 GOLDNER, Loren, *Ubu Saved from Drowning: Class Struggle and Statist Containment in Portugal and Spain, 1974-1977*, Cambridge MA, Queequeg Publications, 2000.
- 53 HOBSBAWM, Eric, *Sobre História*, São Paulo, Companhia das letras, 1998, p. 220.
- 54 SANTOS, Maria de Lurdes, LIMA, Marinús Pires de, FERREIRA, Vítor Matias, *O 25 de Abril e as Lutas Sociais nas Empresas*, Porto, Afrontamento, 1976, 3 volúmenes.
- 55 PATRIARCA, Fátima, «A Revolução e a Questão Social. Que justiça Social?», En: ROSAS, Fernando (coord.), *Portugal e a Transição para a Democracia (1974-1976)*, Lisboa, Edições Colibri, 1999.
- 56 MUÑOZ, Durán, *Contención y Transgresión. Las Movilizaciónes Sociales y el Estado en las Transiciones española y portuguesa*, Madrid, CPPC, 2000.
- 57 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa, IHC, 2009; BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987.
- 58 BAPTISTA, Oliveira, *Portugal 1975, Os Campos*, Porto, Afrontamento, 1978.
- 59 BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987.
- 60 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa: IHC, 2009.
- 61 BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987.
- 62 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa, IHC, 2009.
- 63 BAPTISTA, Oliveira, *Portugal 1975, Os Campos*, Porto, Afrontamento, 1978, p. 25.
- 64 BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987, p. 215.
- 65 PIÇARRA, Constantino (coord.), *Campos do Sul. Memória de uma Revolução*, Lisboa, IHC, 2009, p. 184. BARRETO, António, *Anatomia de uma Revolução. A Reforma Agrária em Portugal*, Lisboa, Europa-América, 1987, p. 55.
- 66 HARMAN, Chris, *A People's History of the World*. London-Sidney, Bookmarks, 2002, p. IV.
- 67 HOBSBAWM, Eric, *Ecos da Marselhesa*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996.
- 68 Para uma análise da relação entre pós-modernismo e história ver WOOD, Ellen, *Em Defesa da História*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1999.

